

LIBRO SESTO.

Desde el principio del reinado de Diocleciano en el año 284, hasta la paz que Constantino dió á la Iglesia en el de 313.

LUEGO que Diocleciano se vió único y pacífico poseedor del trono, elevó á la dignidad de Augusto al César Maximiano Hercúleo, que era un aventurero, pero amigo suyo desde la niñez. No era mejor que él Diocleciano en cuanto al nacimiento; pues venia de una familia baja de Dalmacia, y fué liberto del senador Anulino. Mantúvose á pesar de esto el imperio del mundo, por espacio de veinte años, en poder de estos soldados afortunados, que estuvieron en muy buena inteligencia; y en realidad parecia que el uno era nacido para el otro, pues los dos tenian un carácter cruel. Pero Maximiano era fogoso y colérico, y seguia brutalmente sus viciosas pasiones; no tenia atenciones con nadie, efecto de su mala educacion, y su dureza y groseria se echaban de ver hasta en su exterior y en su rostro; por el contrario, Diocleciano era vano, artificioso, celoso de su autoridad, cediendo de ella solamente lo que no podia guardar, y haciendo valer mucho lo poco de que parecia desprenderse. Llegó su ambicion hasta preterder que le amasen sus súbditos, y por el carácter de su compañero le fué fácil hasta cierto punto; porque él era quien tomaba las resoluciones violentas, pero hacia que Maximiano las ejecutase, y hallaba por este medio el secreto de

satisfacer á un mismo tiempo su pasion por la gloria y su natural perverso.

Tales soberanos no podian amar con sinceridad á sus súbditos cristianos. Sin embargo, al principio los dejaron quietos, pero solo por política, á causa de su grande número, y aun se sirvieron de ellos por necesidad y por interés; porque interiormente les hacian justicia, y los tenian como á los ciudadanos mas virtuosos y de mejor y mas seguro trato, por lo cual habia muchos de ellos empleados en el palacio y en los cargos de mas confianza; pues la experiencia de mucho tiempo habia persuadido á los emperadores de que la custodia y servicio de sus personas no podian estar en mejores manos. Así se condujeron en lo mejor de sus años de dominacion Diocleciano y Maximiano, y no se declararon abiertamente contra el cristianismo hasta los últimos tiempos de su reinado; bien que sus subalternos podian comportarse de otro modo, sin peligro de desagradarles; y los gobernadores de las provincias obraban segun sus caprichos ú odios particulares, dando fuerza, cuando les parecia, á los edictos antiguos.

Quien mas se distinguió en este género fué Lisias, gobernador de Cilicia: incitóle su celo impió á interrogar por sí mismo

(AÑO 285)

DE LA IGLESIA. — LIB. VI.

255

á los tres hermanos Claudio, Astero y Neon, y á dos mugeres llamadas Domnina y Teonila, á quienes habia hecho prender por causa de Religion el magistrado municipal de Egea. Claudio fué el primero que presentaron al interrogatorio, y permaneció firme en la confesion de la fé. El procónsul mandó le colgasen en el caballete, le aplicasen fuego á los pies, le cortasen trozos de carne de los talones y se los pusiesen ante los ojos; pero al verlos, dijo el mártir: «no hay tormento que intimide á los que de corazon aman á Dios, y estos males aparentes son las arras de los bienes eternos.» Entonces dió orden el tirano para que despedazasen sus carnes con uñas de hierro y frotasen las heridas con cascotes de ollas quebrantadas, y les aplicasen hachas encendidas; pero todo fué inútil, y tuvieron que volver á Claudio á la cárcel. Del mismo modo fué tratado Astero y se portó con igual fortaleza. Esperaba el procónsul poder vencer á Neon, atendida su poca edad; pero la fuerza de la gracia se mostró en él de una manera mas visible; de modo que no sirviendo los tormentos sino para el descrédito y vergüenza de Lisias, condujeron á los tres hermanos fuera de la ciudad para crucificarlos; y despues pusieron delante de ellos á las dos cristianas, que creyeron estarian amedrentadas con los tormentos que se les habia obligado á presenciar.

Domnina fué la primera que hizo su confesion de la fé, y fué azotada con tal crueldad que espiró á fuerza de los golpes. Teonila despreció altamente todos los esfuerzos que hacia el procónsul para reducirla, hasta que montando en cólera mandó á los verdugos que la abofeteasen, la arrastrasen por el suelo atados los pies, é inventasen nuevos tormentos. Entonces Teonila le dijo: «¿así observas las leyes, sin tener presente que no te es lícito tratar de este modo á una estrangera de condicion libre?»

La respuesta de Lisias fué mandarla colgar por los cabellos, despojarla enteramente de los vestidos, y encargar de nuevo á los verdugos que atormentasen una por una todas las partes de su cuerpo. Teonila le replicó: «¿no tienes vergüenza de ponerme en este estado, ó acaso ignoras que en mi sexo estás ultrajando á tu madre y á tu esposa?» Entonces hizo el tirano que la cortaran el cabello para que no la tapase el rostro y quedase enteramente espuesta á la vergüenza que tan sensible le habia de ser: mandó asimismo que cercasen su cuerpo de un ceñidor de espinas, la tendiesen sobre cuatro estacas y la azotasen con correas, no solo en las espaldas sino tambien en todo su cuerpo; y por fin, que la pusieran carbones encendidos debajo del vientre, y la dejasen así. Poco despues de la ejecucion de estas órdenes bárbaras vinieron á decir al procónsul que Teonila habia espirado; y él, mas cruel que los verdugos, no satisfecha todavia su venganza, mandó que cosiesen en un saco el cuerpo de la mártir y lo tiraran al agua, lo cual se ejecutó al momento.

San Cosme y San Damian, hermanos, naturales de Arabia y médicos de profesion, lograron por medio de este mismo tirano la palma del martirio. Durante su vida irrepreensible parece que mas se cuidaban de la propagacion de la fé que de la curacion de los cuerpos, y que su profesion solo era para ellos un medio de mirar mas fácilmente por la salvacion de las almas. Era tan notorio su desinterés, que les daban comunmente el nombre de *Anargiras*, ú hombres sin dinero. Padedieron toda clase de tormentos; pero el Señor parecia pródigo en hacer milagros para confundir mas al tirano. En una palabra, se hizo tan famoso el nombre de estos mártires orientales, que la iglesia del Occidente lo insertó en el Cónon de la misa; y el séptimo Concilio gene-

tal celebra las maravillas que sin cesar hacía Dios por su intercesión.

Otro mártir famoso llamado Tiburcio fue presentado al prefecto Fabiano. Mandó este preparar un gran brasero con incienso, y le dijo que escogiese, ó quemar aquel incienso en honor de los dioses, ó andar por encima del brasero. Hizo Tiburcio la señal de la cruz, y con los pies desnudos comenzó á andar sobre las ascuas sin percibir el menor dolor, y desde allí le dijo á Fabiano: «Adorador de Júpiter, —¿te atreverías siquiera á meter la mano en agua hirviendo en nombre del mayor de tus dioses?» — «Ya sé, dijo entonces el prefecto, que tu Cristo es un maestro acreditado en la magia.» — «Calla insolente, replicó Tiburcio, y no blasfemes de lo que ignoras.» Ahorró esta santa entereza todas las demas pruebas, y cortaron al punto la cabeza al santo mártir. A otros varios fieles les atravesaron los pies con clavos, y luego los mataron á lanzadas.

En las Galias, á donde habia pasado Maximiano á luego de su elevacion al poder con el fin de domar la faccion de los bagaudos, ó gentes del campo tumultuadas, hubo tambien gran número de mártires. El emperador habia llevado consigo la legion Tebea, que toda era de cristianos, porque Zambdas, celoso obispo de Jerusalem, se aprovechó de la ocasion de haber internado dicha legion en la provincia de Palestina, para convertir una parte de aquellos guerreros, animar la virtud de los que ya eran cristianos, y afirmar á unos y á otros en la fé. Así es que generalmente todos ellos respiraban virtud y vigor evangélico, despreciando los peligros de toda clase. No tardó en presentárseles ocasion de tener que hacer uso de todas sus excelentes disposiciones. Hacía ya mucho tiempo que estaban muy bien quistos los soldados cristianos en los ejércitos romanos, en los que se habian multiplicado prodigiosamente y adquirido mucho crédito

de valor, tanto por los principios mismos del cristianismo, cuanto por el desprecio que infunde de la muerte. Había para ellos una fórmula particular de juramento á las banderas, fórmula que satisfacía á sus genes, sin herir su propia conciencia: mas el feroz Maximiano, que no era capaz de tantas atenciones, quiso que todas sus tropas jurasen indistintamente en el altar de sus dioses que pelearian con valor. Estaba el ejército en el canton de los Alpes, llamado hoy Valés, y la legion cristiana que no quería tomar parte en la general idolatria se colocó con alguna separacion á la falda del monte llamado San Bernardo el Grande.

Maximiano entonces mandó que la diezmasen, y este mandato se cumplió sin la menor resistencia de los pacientes, pues ninguno de ellos quiso defender la vida contra su emperador que se hacia su verdugo. Mas cuando dió la orden de diezmarlos por segunda vez, viendo todos los soldados de la legion que se intentaba intimidarlos con el miedo de aquellas repetidas ejecuciones, gritaron á una voz que estaban dispuestos á sufrir mil muertes antes que hacer traicion á la fé de Jesucristo; mas esto no impidió que los diezmasen tercera vez tan fácilmente como las dos primeras. Unos á otros se exhortaban á manifestar por el Rey de los reyes la misma constancia y valor con que otras veces se habian señalado por menores motivos: sus principales oficiales Mauricio, Exuperio y Cándido, les daban el ejemplo de la sumision, no menos que de la constancia en la fé, y les señalaban á sus compañeros coronados ya con palmas inmortales; de modo, que no pudiendo vencer Maximiano esta firmeza sobrehumana, tomó la cruel resolucion de acuchillar la legion entera.

Hizo que todo el ejército la rodease y acometiese atrozmente hasta no dejar uno de cerca de seis mil seiscientos hombres que

la componian (1). Todos ellos rindieron las armas á un mismo tiempo, y se presentaron para ser degollados. En un momento quedó todo el valle cubierto de cadáveres, y veíase correr por medio un arroyo de sangre. Desde el corazon de Maximiano habíase comunicado la ferocidad al de todos los romanos idolatras, y ya no conocieron la humanidad ni el patriotismo, alegrándose y embriagándose en medio de sus hermanos moribundos, como si hubiesen conseguido una gloriosa victoria sobre los enemigos del imperio. Mas llegó entonces un soldado veterano llamado Victor que no se habia encontrado en el destrozo de sus compañeros, y los idolatras le convidaron á que comiese y se alegrase con ellos; pero Victor era cristiano, y horrorizado de aquel espectáculo respondió con indignacion rechazando el convite que le hacian. Esto solo bastó para que se arrojasen sobre él y añadiesen esta victima al número de los otros mártires.

Encendido así el furor de Maximiano, fué causa de que recibiesen la corona una multitud de héroes cristianos en las diversas provincias de las Galias. En Nantes de Bretaña padecieron el martirio los santos Donaciano y Rogaciano, hermanos, y de distinguido nacimiento. Donaciano, que era el menor, se habia convertido primero y ya estaba bautizado; Rogaciano no era mas que catecúmeno, pero los dos mostraron igual valor y padecieron el mismo suplicio: les cortaron la cabeza despues de haberles hecho padecer todos los tormentos del ecúleo y ejercido con ellos el nuevo género de crueldad de atravesarles la cabeza con lanzas. Ocultóse al principio San Caprés de Agen y mostró algun temor; pero una doncella le dió el ejemplo del valor mas esfor-

zado, y presentándose él mismo á sus verdugos alcanzó la corona del martirio.

Sufrieron igualmente junto á Agda, Tiberio, Modesto y la generosa Florencia; en Viena, el tribuno Ferreolo; y en Briuda en Auvernia, Juliano, uno de sus soldados. En Arlés, no pudiéndose resolver el notario Denés, que no era mas que catecúmeno y joven, á estender una orden dada contra los cristianos, arrojó á los pies del juez todos los papeles y se fugó; pero aunque pudo pasar á nado el Ródano, le prendieron en la orilla opuesta y le cortaron la cabeza. Cuéntanse otros muchos mártires de quienes no hay mas noticia cierta que la de su martirio, entre los que ocupa un lugar distinguido Santa Regina, virgen, de la diócesis de Autun. La mejor prueba de su triunfo glorioso es la extraordinaria devocion de los pueblos sostenida constantemente por espacio de tantos siglos; y hoy dia hay una aldea del mismo nombre situada al rededor de su sepulcro.

Pero aún fué mayor el número de los mártires en la Galia Bélgica, en la que hizo mas larga mansion Maximiano y halló un ministro mas digno de él. Este terrible presidente, tan conocido bajo el nombre de Riccio-Varo, hallábase en Fiumes, corta poblacion entre Reims y Soisons, cuando delataron ante él una doncella llamada Macra. Comparecida en su presencia habló al juez con un valor digno de elogio aun en los hombres mas animosos, y sufrió el doble suplicio del hierro y del fuego con una firmeza inalterable. Ya la habian desnudado para ser quemada viva, cuando mudando de parecer el tirano mandó que la cortasen los pechos y la volvieran á la cárcel, y poco despues hizo que la pusiesen sobre carbones encendidos y cascotes de vasijas quebradas, en cuyo tormento espiró. Fué enterrada cerca del lugar en donde padeció el martirio, y los milagros que sin cesar obraba el

(1) Ruinart, *Act. sino. Martyr.*

Señor en su sepulcro fueron causa de que se edificase allí una iglesia en tiempo de Carlo-Magno.

En los mismos parages prendieron tambien á otros dos cristianos de ilustre nacimiento, llamados Rufino y Valerio, á los cuales despues de despedazarles el cuerpo á fuerza de azotes y hacerles padecer el tormento del potro, les mandaron inmediatamente que siguiesen á pié el acompañamiento del duro juez por mas de tres leguas de distancia, las cuales fueron regando con su sangre, hasta que llegando al término del viaje fueron decapitados, atendida su calidad de ciudadanos romanos. Tambien fueron decapitados los santos hermanos Crispin y Crispiniano. Habíaseles preso en Soisons, donde esparcian la semilla evangélica con un celo tan constante como industrioso. Eran nacidos en Roma de una familia ilustre, y aunque todo ejercicio podia ser ennoblecido por los fines que estos santos mártires se habian propuesto, no hay pruebas constantes de que se ejercitasen en el oficio de zapateros. Sepultáronlos en una gruta, de la que mas adelante sacó sus cuerpos San Eloy, obispo de Noyon, para erigirles un suntuoso sepulcro. San Eloy halló tambien las reliquias del mártir San Piató, que habia predicado la fé en Turnay, y con ellas unos grandes clavos que el tirano le habia hecho atravesar por diversas partes de su cuerpo. No era San Piató mas que sacerdote, y tuvo por compañero en el martirio al obispo San Crisol.

San Quintin fué preso en Amiens, en donde predicaba con una libertad correspondiente al alto nacimiento que habia recibido de Cenon, el que era ilustre aun entre los senadores romanos. Llegó desde luego á Amiens en compañía de Luciano, que con el tiempo pasó á Beauvais y fué su apóstol. Varo ó Riccio-Varo, como mas comunmente le llaman los Martirologios,

hizo los mayores esfuerzos para seducir á San Quintin; pero no pudiendo conseguirlo, le trató con un cruel resentimiento. Principió por hacerle dislocar los miembros por todas las coyunturas, y despues mandó que le azotasen y llagasen con cadenas y derramasen sobre las heridas pez y aceite hirviendo. Sabiendo luego que la prision en que estaba el confesor se habia abierto milagrosamente, y que sus guardas y una infinidad de espectadores se habian convertido á la fé, puso por obra cuanto su bárbaro carácter le dictaba para detener los progresos del Evangelio. Pero como todos los suplicios no eran suficientes á impedir que el confesor alabase y predicase á Dios, hizo llenarle de cal y de vinagre la boca y despues le mandó marchar delante de él á la capital del Vermandois, ciudad entonces no muy antigua, pero á la que San Quintin habia de dar con su nombre una fama mucho mas honorífica que la de la antigüedad.

Antes de llegar, intentó segunda vez Riccio-Varo apartarle de la fé que con tanta fortaleza habia confesado, fundando sus nuevas esperanzas en el desfallecimiento en que veia al santo mártir, tanto por el viaje como por los tormentos que anteriormente habia sufrido. Pero como todas las tentativas no sirviesen mas que para acrecentar la constancia y valor de Quintin, dejóse llevar el presidente de su rabiosa cólera, y á pesar de lo dispuesto por las leyes, despues de mandarle atravesar transversalmente con dos barras de hierro desde el cuello hasta los muslos, y clavarle gruesas espinas por bajo de las uñas de las manos y de los pies, viendo que todavía respiraba, mandó le cortasen la cabeza y la arrojasen con el cuerpo en el rio Soma. Así se ejecutó; mas no permitió Dios que se extraviasen tan estimables reliquias, y se encontraron en tiempo de Constantino el jóven, segun la

relacion de esta invencion maravillosa que nos dejó escrita un autor que la presencié. Seis semanas despues de la muerte de San Quintin fueron martirizados, en el distrito de Amiens, los santos Victor y Fusciano con su huésped Genciano, en el sitio nombrado despues Santos, en reverencia de estos santos mártires, donde se veia su sepulcro en el monasterio de San Fusciano.

San Fermin, natural de Pamplona y de familia senatoria, sufrió el martirio durante esta misma persecucion y tambien en Amiens, de cuya ciudad se le reconoce por primer obispo. Habíale granjeado de tal modo la veneracion del pueblo los milagros que hacia, que el presidente Valerio, mas reportado que Varo, no osó mandar que le atormentasen en público, y le cortaron la cabeza dentro de la cárcel. Le mandó enterrar el senador Faustino, á quien habia convertido el santo obispo, y quiso que su hijo, que con el tiempo llegó á ser tambien obispo de Amiens, tuviese el mismo nombre, y fué llamado San Fermin el confesor.

Si nos propusiéramos hacer una esacta enumeracion de todos los cristianos que martirizó en las Galias Maximiano por sí ó por sus lugar-tenientes, no acabariamos jamás; pues solo la ciudad de Marsella, teatro principal de la supersticion romana en aquella region, nos presenta un número demasiado excesivo para los estrechos límites que nos hemos propuesto. Mas no podemos menos de hacer particular mención del ilustre San Victor, aquel soldado tan célebre por su nobleza como por su valor, pero que no apreciaba estas prendas sino en cuanto le proporcionaban ocasion de favorecer á los cristianos. Así que supo la persecucion, visitó á cuantos fieles pudo con el objeto de inspirarles mas con el ejemplo que con sus vivas exhortaciones el desprecio de una vida perecedera; pero no tardó en caer en manos de los prefectos, los cuales no pu-

diendo superar la fuerza divina de su elocuencia, pretestaron la dignidad del puesto que ocupaba para remitirlo al emperador. Maximiano creyó que un militar de la reputacion de Victor sentiria mas la ignominia que el dolor, y mandó que le paseasen por toda la ciudad, dando licencia á todos para que le insultasen y maltratasen. El populacho efectivamente le maltrató y bañó en sangre todo su cuerpo. Viéndole así los jueces, se valieron de todos los artificios que les sugería su sabiduría infernal, para amortiguar su fé y atraerlo á su partido. Pero al oírlos blasfemar del Dios de los cristianos, que ellos decian nacido en una vergonzosa indignidad y muerto en un suplicio afrentoso, San Victor empezó á echarles en cara la vida verdaderamente vergonzosa de los dioses que mas veneraban, las maldades y adulterios de Júpiter, el incesto de su hermana y esposa Juno, la fiereza sanguinaria de Marte, y las liviandades de Venus. «¿Creeis obrar mejor que yo, añadió el santo mártir, adorando á las calenturas erigidas por vosotros en divinidades, ó reverenciando como á dioses al espanto y al furor? Yo me avergonzaria de hablar de vuestro Priapo, de vuestros dioses de las cloacas é inmundicias de todo género, como de una multitud de monstruos á quienes estais de continuo alzando altares y ofreciendo holocaustos. ¡Cuánto mas gloriosa es la voluntaria indignidad de Jesucristo que la orgullosa é impura opulencia de tales divinidades! Cuando él quiso sustentó á cinco mil hombres con solo cinco panes. ¡Qué poder tan grande tiene su debilidad, puesto que sanó todas las enfermedades del cuerpo y del alma de sus discípulos, y muchas veces hasta las de sus enemigos! ¡Qué triunfante es la muerte de aquel que da vida á los muertos y se la restituye á sí mismo! En fin, ¿qué cosa mas santa que la vida de este Hombre-Dios de cuyo nombre blasfemais? ¿Qué cosa mas